

SEGADORAS GALLEGAS.

CANTO IRLANDES.



Descanso de las cultivadoras.

Bien sea presentado por la realidad, bien por el arte, el idilio nos agrada y nos agrada siempre; responde perfectamente á ese ideal de paz y de inocente felicidad al cual nunca puede renunciar nuestro corazón.

Con efecto, mientras que el vapor nos lleva con extraordinaria prontitud á través de los campos, nuestra mirada se detiene sobre algun pintoresco paisaje, sobre alguna escena campestre semejante al cuadro que presentamos en el grabado que acompaña á este artículo.

Trasladémonos á esas pintorescas campiñas de Galicia bañadas por el Miño.

Allí encontraremos hermosos y dilatados paisajes donde la naturaleza ha querido estampar el sello de su eterna majestad.

Atravesemos aquellos campos durante la recolección, y fijemos nuestra mirada sobre los diferentes grupos que se encuentran á cada paso, de aldeanas ó labradoras. ¿En dónde están los hombres? ¿Es acaso la ociosidad lo que los aleja de las rudas faenas que reclama la espiga sazónada?

SEGUNDA SERIE.—1866.

No; todas esas mujeres, que veis por esos estensos terrenos; esas mujeres que meses antes derramaron el grano y hoy le recogen, tienen maridos, tienen padres, tienen hermanos. Y si no viven en el ocio, ¿cómo no ayudan á estas pobres trabajadoras? ¿dónde se hallan? Estos hombres han emigrado en busca de mayor fortuna.

La codicia los arranca del país natal para buscar lucro en las lujosas y pobladas capitales de Castilla y Andalucía. Las pobres gallegas quedan solas y cultivan la tierra, y esperan ansiosas el regreso de sus parientes con el fruto de su trabajo y de su fabulosa economía.

El dibujo que acompañamos á nuestros lectores nos revela, que estas pobres labradoras han trabajado, y que ha llegado el momento de descansar; que las sombras de la tarde acompañadas del rocío han venido á reemplazar y á dulcificar los rigores del sol del estío.

Al contemplar este cuadro, el alma queda encantada; es un cuadro verdaderamente seductor. ¡Aquí está la felicidad! esclama el filósofo. En este delicioso paisaje, en el se-

AÑO XXIV. 22

no de estas sencillas ocupaciones, que son mas bien placeres que trabajos, es necesario que fijemos nuestra habitual residencia. Y repetimos á nuestra manera los versos tan conocidos de Virgilio: «¡Bienaventurados los labradores si aprecian los bienes de que se encuentran cercados!»

Pero ¡ay! si nos aproximamos mucho á nuestro idilio, no transcurre mucho tiempo sin que conozcamos, que no es mas que una imagen engañadora, y nuestra ilusión se desvanece. Penetremos en la cabaña que nos deleita; penetremos en la aldea gallega, por ejemplo, confundida entre las espesas matas, cuyo aspecto risueño y poético nos atrae: allí tambien desde nuestros primeros pasos nos encontramos frente á frente con las tristezas humanas; allí tambien llora el niño, gime la mujer, se irrita el hombre y maldice su suerte; bajo aquel sol alegre, entre la yerba y las flores, por todas partes encontramos lamentables vestigios del sufrimiento y del mal. No, este no es el dulce idilio de Virgilio que nosotros escuchamos salir de los labios de aquel labrador, cuya suerte envidiamos; es mas bien la triste queja que un aldeano irlandés ha entonado en sus valles, y que bajo formas menos poéticas repiten los aldeanos de todos los países. Vamos á traducir del inglés los ecos de este desgraciado.

«El labrador se levanta antes que las aves se hayan despertado en los bosques, y trabaja hasta que el sol desaparece. Lidia contra la tierra sin paz ni tregua, hasta que se han entumecido sus miembros, y deja una gota de sudor sobre cada mata.

«Que llueva, que hiele, que granice, que el sol nos queme, los pájaros son felices, el Todopoderoso da una hoja á cada uno para que se pueda guarecer; pero el labrador no tiene abrigo; su desnuda cabeza no tiene techo, y su cuerpo no tiene casa...

«Tambien su mujer es muy desgraciada; pasa la noche meciendo á sus hijos que lloran; pasa el dia removiendo la tierra en compañía de su marido; no tiene ni el tiempo necesario para poderse consolar de sus penas; no tiene tiempo ni aun para rezar, ni para tranquilizar su corazon. Su cuerpo es como la rueda del molino, es menester que no cese de andar para moler el pan de sus hijos...

«¡Oh labradores! ¡Qué vida tan penosa soportais en el mundo! Sois pobres y enriqueceis á otros; os desprecian y vosotros honrais á los demás; os persiguen y vosotros humillais la cerviz; teneis frio, teneis hambre. ¡Oh labradores! ¡cuanto sufris en esta vida! ¡Labradores, vosotros sois muy dichosos!

«Pues Dios ha dicho que la gran puerta de su paraíso estará abierta para los que hayan llorado sobre la tierra. Cuando llegueis al cielo los santos saldrán á recibirlos, y os reconocerán por hermanos, porque verán vuestras heridas.

«Los santos os dicen:—Hermanos, la vida es triste, y es dichoso aquel que muere.—Y os recibirán en la gloria y en medio de las alegrías.»

Hay una gran fuerza de razon en lo que dicen las últimas palabras de esta canción irlandesa. Ellos son los que hacen creer todavía en el idilio, los que nos dan derecho á esperar, á pesar de todas nuestras decepciones y de nuestros dolores. Si la felicidad no se encuentra en la tierra hay un mas allá donde la encontraremos, no en el estado de una imagen fugitiva, sino real, efectiva y durable, y cien veces mas bella que la han concebido nuestros mas grandes poetas y nuestros mejores artistas.

I. A. B.

LAS AMAZONAS DE BOHEMIA.

III.

(Conclusion.)

SORPRESA. — REFINAMIENTO DE CRUELDAD.

Apartados de nuestro principal asunto para sacar á relacion antecedentes imprescindibles á la inteligencia de los sucesos posteriores, dejamos al finalizar el cuadro primero empeñado al héroe de la novela en los desfiladeros y escabrosidades, buscando la senda menos trillada á fin de incorporarse con los suyos.

La nieve seguía cayendo sin interrupción, acompañada de un recio vendabal, que azotando el rostro del jóven impedía su marcha, al paso que sentía paralizarse sus miembros ateridos por el frio, á cuyo rigor habia estado espuesto por espacio de muchas horas. Y sin embargo, era preciso caminar aprisa, porque se hallaba en territorio dominado por las tropas de Wlasta, y la muerte se cernía sobre su cabeza en tanto que no saliese á la otra parte de la selva. Ea, pues, buen ánimo y adelante, que si bien todos los pasos están cerrados y la vereda oculta, para él, montero infatigable, son familiares los atajos del Haydelberg, y tiene seguridad de reconocer á su vuelta el mismo itinerario que le sirvió para llegar á la cita de su amada.

Pensando en esto atravesaba un sitio hollado por las fieras, segun el suelo se hallaba limpio de nieve.—Los rapaces lobos, destruyalos Hisis el Fuerte, protector de los cazadores, han desenterrado alguna presa, decía para sí. ¿Quién será el desgraciado? No es posible averiguarlo en una frontera donde á la orilla de cada foso debe temerse hallar cavada la sepultura.—Aquí dió punto el jóven á toda reflexion, porque faltándole el terreno de improvisó, cayó trastornado en el fondo de una profunda sima, quedando á consecuencia aturdido, y sin conocimiento para otra cosa que no fuese suponer habia dado en una trampa de las preparadas contra las alimañas, en aquellos parajes famosos por las muchas que albergaban.

Aunque su quebrantamiento fué grande, disponiase á trepar en busca de la salida, cuando sintió á una porcion de manos robustas asirle con fuerza, sujetarle en seguida con apretadas ligaduras, y á una señal convenida arrastrarle tirando desde arriba hasta fuera del precipicio. Entonces conoció su desgracia y los enemigos que le habían aprisionado en las tinieblas: se hallaba en poder de las mujeres guerreras. Wlasta en persona acudió al momento á disponer de su suerte diciendo con voz imperiosa y breve:—Al castillo de Diein.—Atado sobre la espalda de un caballo, fué conducido con premura al lugar de su destino, donde la expedición echó pié á tierra antes de romper el dia.

Ya era bien entrado cuando Drahomira llegó al castillo despues de ordenar algunos cambios en los acantonamientos de las tropas que mandaba, rendida por la fatiga y el sueño, pero satisfecha de haber encontrado favorable coyuntura para su entrevista con Udalrico.

Si el famoso Alejandro hubiese visto á la gentil batalladora, hermosoado el semblante con la satisfaccion que presta á la juventud un amor correspondido, atravesar el puente levadizo á la cabeza de su escolta y despedirla con marcial continente, despues de haber entregado la brida

de su alazan á la mas inmediata de sus mujeres, é internarse por las galerías haciendo resonar las bóvedas con el ruido de su armadura, se hubiera creído el hijo de Filipo un colegial de primer año al recordar su pasión por la célebre Talestris, reina de las amazonas del Termodonte, existiendo aquella perfecta imagen de Palas en las montañas de Bohemia.

Recibida con el respeto debido á su alta clase por los puestos militares escalonados en el tránsito, llegó sin contratiempo cerca de la estensa cuadra donde su hermana la esperaba en compañía de la mayor y mas autorizada parte de las adeptas á su bando. Hasta entonces ningún recelo pudo concebir, á pesar del movimiento inusitado que advertía sin acertar con el motivo, pero muy luego se desvaneció aquella seguridad engañosa, aunque jamás pudiera imaginarse el terrible acontecimiento que la reservaba el destino.

Al querer penetrar en la sala del consejo, las dos centinelas colocadas á la puerta cruzaron sus partesanas delante de ella, dando lugar á la capitana de servicio para llegarse á reclamarla sus armas de orden de la comandante suprema.

—¿Estais en vos? contestó Drahomira con orgullo. No me conocéis sin duda.

—Os conozco bien, señora, y por eso cumplo el mandato de vuestra poderosa hermana que me previene conduciros desarmada ante su tribunal.

—En nadie reconozco el derecho de humillarme á la vista de mis inferiores. Antes la muerte.

—Ese término tendrá vuestra desobediencia si os obstináis en llevarla al extremo, contestó sin alterarse la feroz mandataria.

—¿Tan rigurosa es la consigna que habeis recibido? respondió la jóven tratando de averiguar la situación en que se hallaba.

—Viva ó muerta tengo de presentaros á Wlasta, sopena de perder la cabeza.

—Pues tomad, y vamos pronto donde pueda reclamar esplicaciones.

Y diciéndo así entregó la espada, y á guisa de criminal fué conducida ante la mujeril asamblea.

La inmensa estancia donde se hallaba convocada presentaba un aspecto diabólico por lo extraño de los concurrentes. Todos y cada uno de ellos, colocado voluntariamente fuera del orden natural, hubiera sido un fenómeno de ridícula maldad, á no estar neutralizado su aspecto risible por lo que tenia de repugnante. Las mujeres, cambiando la dulzura y gracia femenil que tan irresistible poder las comunica, por una ferocidad agresiva, desenvuelta y masculina de la peor especie, solo pudieran compararse con las furias de la guillotina ó calceteras de Robespierre, que tan funesta reputación alcanzaron en 1793 durante la época del terror en la vecina Francia. En cuanto á los hombres allí presentes, situados á espaldas de sus orgullosas señoras, prontos á obedecer sus menores indicaciones, y fuera de allí desempeñando las faenas domésticas, con nadie pueden rivalizar en bajeza, pues afortunadamente para la dignidad humana, no se conoce otro ejemplo en los anales del mundo.

Hizose á los lados la concurrencia, y ambas hermanas quedaron frente una de otra. Wlasta ceñuda y torva; Drahomira marcada en sus labios la sonrisa del desprecio que la inspiraba la situación á que su amor imaginaba haberla conducido.

A una señal de la primera, abrieron paso los que se hallaban á su diestra mano, dejando ver al desgraciado Udalarico sujeto á uno de los pilares que sostenían la techumbre. Inmediato á él un brasero encendido y algunos instrumentos de forma extraña, manejados por dos sayones con los brazos desnudos, hacían presentir algún horrible suplicio. Y así era la verdad: al infeliz le habían privado de la vista pasándole por los ojos un hierro candente.

—He ahí el castigo reservado al infame cuyas palabras traidoras escuchaste, prorumpió Wlasta dirigiéndose á su hermana: para los ojos que se atrevieron á fijarse en una de las mujeres libres de la Bohemia, no volverá á lucir la luz del sol. Mañana será conducido hasta las avanzadas del tirano, al que podrá dar testimonio de cómo vengo la transgresión de mis decretos. Y tú, que así has podido abandonarte á una culpable amistad, criminal tan solo por ser profesada á un enemigo de la patria, contraviniendo á nuestras sagradas leyes, olvida, pues, esa degradante pasión, como yo estoy dispuesta á perdonar tu ligereza, porque de lo contrario el castigo impuesto á tu cómplice será prelude del que te aguarda.

Habia Drahomira oído sin escuchar estas palabras, anhelando al principio reconocer á través de la sombra en que se hallaba envuelta aquella parte del lóbrego salón, al miserable sentenciado, y después de reconocido, la fuerza del dolor que trastornó sus facultades era demasiado grande para consentir á su atención fijarse en otra cosa que lamentarle.

Las demostraciones á que se abandonó, las frases lastimeras que le dictaba su pasión reducida á tal extremo, y el arrebató y desesperación que por último la sobrecogieron, solo pueden quizá ser imaginadas, pero nunca pintarse con su verdadero colorido. Los escritores de primer orden no han conseguido hacerlo sin dar lugar casi siempre á la crítica para motejarlos de tibios, amanerados ó pedantescos ¿qué nos sucediera á nosotros si acometiésemos empresa semejante? Por eso nos guardaremos de quererla llevar á cabo, dejando mas bien á la fantasía del lector en situación de remontar el vuelo á regiones vedadas para la cortedad de nuestras alas.

—Llevaos esa loca fuera de aquí, ordenó Wlasta cansada de las querellas y recriminaciones de su hermana: en mucho debo apreciarla cuando me contento con solo disponer se la trate como falta de juicio. ¡Pero ay de ella, si continúa obstinada en su mal camino!

—Dejadme morir á los pies de mi esposo, exclamaba Drahomira disponiéndose á sostener una violenta lucha con las que se preparaban á separarla de Udalarico; para nada quiero la vida si no he de alegrar con mi presencia al que se la consagró sin reservarme nada. Yo fui la causa de su daño atrayéndole con mis halagos al lazo artero en que sus enemigos le sorprendieron. ¡Ah! no conocía toda la perversidad de vuestro sanguinario corazón, continuó dirigiéndose á las mujeres allí reunidas; la bandera que sosteneis es una enseña maldita, de que las fieras renegarian, como yo lo hago, si tuvieran razón para comprender los criminales errores que se cobijan á su sombra: el trono de vuestra reina nunca podrá ser mas que un osario y el código que os gobierna un padron de afrenta para la humana raza. ¿Os sorprende mi lenguaje? Veo la ira rebosar en el semblante. ¿Por qué tardais en atravesar mi pecho indefenso? Poco es un delito más para quienes tantos llevan cometidos, y justo será que mis indignas compañeras me impongan la pena que merece mi culpable complicidad con ellas.

—¡Qué dices, infeliz! interrumpió Udalrico levantando la voz desde su poste, temiendo el resultado de aquel apóstrofe, cálmate y huye en nombre de mi cariño. Si tú mueres ¿quién guiará mis pasos algún día? ¿Quién reemplazará con nuestro hijo los desvelos de una madre?

—El recuerdo de la mujer liviana que le dió el ser, y la noticia de su castigo, interrumpió Wlasta, porque ahora mismo será encerrada en el calabozo mas profundo del castillo para nunca salir sobre la tierra.

—A Dios, y piensa en mí, exclamó Drahomira, besando con efusion una de las manos de Udalrico, amoratadas con las fuertes ligaduras.

—No te aflija mi mal, la contestó el mancebo, pues el solo recuerdo de nuestras pasadas delicias será bastante á iluminar la noche en que han querido sumergirme.

IV.

CALMA SINIESTRA.—CATÁSTROFE.—CONCLUSION.

El castigo impuesto á Drahomira no dejó de suscitar descontento entre las mujeres emancipadas. Su carácter franco y generoso al mismo tiempo que arrojado hasta la temeridad, unido á la clemencia con que neutralizaba las inflexibles determinaciones de su hermana, no podian menos de hacerla bienquista á los ojos de la multitud, por lo general siempre dispuesta en favor de las nobles cualidades, cuando no la estravian los intrigantes de alto coturno que solo medran á beneficio de la desdicha comun, revestida por ellos con el barniz de conveniencia pública.

Consultando sin duda el estado de la opinion, como se diria en nuestros tiempos, el encarcelamiento de la jóven no fué largo; verdad es que algo contribuyó tambien á mitigar el rigor, ver á la sentenciada tolerar con tranquila indiferencia el rigor de la suerte sin lanzar un gemido ni proferir una queja. Solo pudo echar de menos el importante mando que antes desempeñaba, en el cual nunca fué reemplazada, aunque siempre continuó revestida de gran importancia al lado de Wlasta, que admiraba su conformidad, si bien es cierto que juzgando niñerías todos los afectos hijos del corazon, tampoco encontraba mucho de raro en la indiferencia de su hermana por todo lo acontecido.

Una vez, sin embargo, consiguieron sacarla de su apatia á costa de no poco riesgo para el dócil instrumento que buscaron al efecto.

Habia entre los pacientes vasallos del gobierno femenino cierto barbilindo señor, hermoso á la manera de figura de pais de abanico, galan cual suelen representar al conde de Almaviva en el Barbero de Sevilla, y conquistador de bellezas fáciles á semejanza del baron de Foubles; que ya en aquella remota edad y entre gentes de condicion tan uraña no faltaban tipos de tales muebles.

Para representar al dios Pan tocando la flauta ó á Narciso mirando al agua, le hubiera venido como de molde á cualquier vaciador de figuras de yeso (suponemos que tampoco faltarian á la sazón), pero la terrible reina de las amazonas, poco advertida en sentimientos delicados, creyó á propósito para disipar en su hermana todo resto de pasados amores, dándole ocasion y licencia para solicitar su cariño de la manera que juzgase mas conveniente. Animado con esta proteccion y creyendo por esperiencia que las mujeres que saben batirse no suelen ser muy escrupulosas en guardar el recato debido, atrevióse á requerirla tan de cerca y con tales instancias, sin atender á las repulsas firmes

pero atentas, con que la solicitada se escusó en un principio, que por último, apurada la escasa paciencia de Drahomira, creyó necesario romper en sus espaldas el asta de un venablo que halló cerca de sí, amenazando terminar en tragedia lo que habia comenzado con el carácter de sainete, á no apresurarse el ofensor á poner piés en polvorosa y otras personas á mediar en la cuestion, celebrando al mismo tiempo la medicina para curar achaques de atrevimiento.

Sirvió de regla esta ocurrencia, y nadie fué osado en lo sucesivo á importunar á la que suponian arrepentida é insensible á toda plática de amores; redujéronse á vigilarla de cerca para evitar su evasión al campo enemigo, si acaso le diese tentacion de hacerlo. Pronto sabremos hasta qué punto era fundada una y otra suposicion.

Enseña la esperiencia que llegadas las cosas á su término de mayor altura, toman diferente faz, y caminando á su aniquilamiento para dar vida á nuevos seres, ó entrando en un período de bienandanza ó desventura, contribuyen á la universal armonía por medio de los contrastes, única y maravillosa ley que mantiene el orden en toda la creacion.

Con arreglo á este principio de filosofía verdadera, debia presumirse cercano el fin de la extraña contienda que hacia ya cerca de ocho años desolaba la Bohemia. Las mujeres guerreras, ó mejor dicho, los enemigos del monarca Premislao capitaneados por Wlasta, iban estendiendo el círculo de sus operaciones, llevando en apariencia lo mejor de la campaña, pero en realidad, el antagonismo brutal establecido entre los dos sexos por una parte, y por otra la suma facilidad con que muchas se ponian de acuerdo con sus enemigos de ayer para hacer señores de su voluntad á los que ya lo eran de su corazon, iban minando sordamente las bases de aquella sociedad sin ejemplo conocido, amenazando herirla de muerte en la ocasion menos pensada.

El partido enemigo tampoco se hallaba mas aventajado. Constituida la Bohemia en cuerpo de nacion por la sabiduria de Crac; sostenida su obra por el buen gobierno de Libussa; afianzado en el poder el esposo de esta, que añadió mayor solidez á la union ciñéndose la corona, y demasiado recientes estas innovaciones, aun existian sobrados gérmenes de fraccionamiento para temer con justicia que animados á la presencia de un ejército numeroso é invicto cobrasen fuerza suficiente para desarrollar y sacar triunfante el espíritu de localidad y division contenido á duras penas.

Era, pues, una necesidad para entrambos beligerantes no dilatar su falsa posicion, aun á costa de aventurar el porvenir á las contingencias de una sola jornada. Mas equilibradas las fuerzas y temiendo mutuamente su reciproco valor, el recelo templaba los impulsos de ardimiento, mal avenido con tan exagerada prudencia, que habia reducido los movimientos militares á espiar las faltas del enemigo con ánimo de aprovechar la menos importante de una manera decisiva.

A esta sazón las tropas de Wlasta, que habia establecido sus cuarteles en la ribera izquierda del Moldau, de cuya corriente era dueña, gracias á un puente fortificado, amenazaban estenderse por el centro de la Bohemia, y aun llegar á imponer condiciones á Praga en un momento de buena fortuna. Con objeto de prevenir este acontecimiento, se atrincheró Premislao cerca de Wobelnitz, sin deseo al parecer de llegar á las manos con su rival, antes al contra-

rio, tratando solo de poner obstáculos á su marcha, caso de que se decidiese á venir á encontrarle, interceptando los caminos, haciendo guardar los pasos estrechos y hasta disponiendo fuesen desocupados los pueblos y caseríos de toda la comarca que le separaba de su enemiga.

Tantas precauciones tomadas para evitar medir las armas con ellas, sirvieron de incentivo á las Amazonas para solicitarlo con mas ardor, y participando su jefe del mismo espíritu, ordenó sus divisiones con intencion de pasar al otro lado del rio, dejando en los reales á Drahomira con buen golpe de gente, encargada sobre todo de tener espedita la comunicacion entre ambas orillas.

La marcha fué segura y sin tropiezo desde su principio. Algunos confidentes llegados del campamento enemigo, afirmaron á Wlasta en su resolucion de intentar una sorpresa, en vista de los numerosos aliados con que podia contar bajo las banderas del rey, que la escitaban á seguir adelante. La mayor dificultad del camino consistia en un desfiladero que pasaba entre dos montañas casi perpendiculares. Defendia su embocadura un cuerpo numeroso parapetado con solidez, y era imposible pasar de allí sin vencer aquel obstáculo insuperable. Pero el caudillo encargado de su custodia rindió las armas á la primera intimacion, y entregó el puesto sin combatir.

Entonces Wlasta contando ya como seguro el triunfo, hizo tomar descanso á sus divisiones, les infundió la seguridad de que se hallaba poseida, y vigilante por todos y previsora cual ninguno, pasó la mayor parte de la noche en adoptar las disposiciones convenientes para caer al amanecer con todas sus fuerzas sobre las tiendas de su desapercibido contrario.

En silencio y buen orden empezó á internarse la hueste espedicionaria por la estrecha torrentera, oscura por lo profunda, y tan dilatada como segun las apariencias lo era en lejano tiempo el rio de que fué cauce. Ningun impedimento hallaba en su marcha sino los naturales á un terreno desigual y escabroso de suyo. Al llegar como á la mitad, advirtieron á Wlasta que los guias colocados á la cabeza de la columna habian desaparecido.—¿Para qué los necesitamos? respondió, son cobardes y habrán huido á la proximidad del riesgo.—Poco despues tuvo la vanguardia que detenerse ante una serie de profundas zanjias inundadas por los manantiales que brotaban de las montañas. Aquel accidente no pensado ni previsto, porque se ignoraba existiese, era grave en razon de la tardanza que podia ocasionar y la confusion que produjo inmediatamente.

Si el órden establecido para las marchas en los ejércitos antiguos hubiera sido y podido ser como el que actualmente se observa, un contratiempo como el sobrevenido á las animosas tropas de que tratamos, se hubiese precavido ó remediado, con bastante facilidad; pero entonces, muy cerradas las distancias, con objeto de proporcionar solidez á las divisiones, estas sumamente desiguales en fuerza y pericia, escasos los capitanes y con mayor potencia en el brazo que inteligencia para el mando, era casi siempre desastrosa una situacion semejante, si un adversario diestro aprovechaba el momento para dar á su enemigo el golpe de gracia.

Algo parecido debieron recelar los adalides superiores de las Amazonas, segun la prisa con que corrieron á sosegar el tumulto suscitado entre las mas avanzadas, que retrocediendo á vista del impedimento interpuesto en su camino chocaban con el centro, empujado á su vez por la retaguardia, empeñada en salir pronto de la estrechura en que se

agolpaban todos sin poderse revolver, pisoteados por los caballos, faltos de sitio donde afirmar el casco en aquel suelo duro y resbaladizo que así rechazaba á los que se habian atrevido á invadirle.

Cuando el trastorno, amenazas y alboroto parecian no poder aumentarse, se vió á las dos cumbres de la montaña estremecerse como empujadas por un brazo titánico; inmensos trozos de roca desprendidos de la cima rodaron por sus costados, arrastrando en su formidable avance árboles nunca tocados por el hacha, rompiéndose al chocar en los peñascos salientes con fragor horriblo, y aplastando por fin al descender al valle á las apiñadas mujeres que bullian en lo profundo.

Atraídas por medio de apariencias engañosas, habian caído en una celada mañosamente dispuesta por el astuto Premislao, cuyos soldados coronando las alturas completaban con sus tiros la desolacion y esterminio. De nada servia el valor. Recibian la muerte sin defensa ni gloria, como fieras aprisionadas en la trampa, magulladas bajo piedras enormes, clavadas en tierra por los dardos ó abrasadas con los encendidos leños que lanzaban sobre sus cabezas.

En medio de situacion tan desesperada, la intrepidez y entereza de Wlasta parecian aumentarse á medida que las dificultades eran insuperables. Daba rugidos cual una leona irritada, y convocando á su lado al mayor número de animosas á que pudo comunicar su valor, formó con ellas una columna de ataque para trepar á la cresta en busca de salida ó un fin mas digno de sus célebres hazañas. Pero casi todas sus compañeras quedaron en la demanda apenas la hubieron comenzado, sin lograr ascender ni aun á la mitad de la eminencia.

Sin dar muestras de amilanamiento hace de nuevo oír su terrible voz á la consternada muchedumbre, les advierte que su propia existencia depende de abrirse paso á toda costa por la entrada del desfiladero, pues seguir adelante era imposible sin perecer en los fosos inundados, y con esto viendo la buena disposicion de su auditorio emprende la retirada, y atropellando con el determinado escuadron por medio de los apiñados grupos, llegó hasta el deseado término á chocar en las picas de cuatro mil hombres escogidos, apoyados por los ballesteros, que desde los elevados cerros lanzaban una muerte segura sobre las desesperadas fugitivas. Nada es bastante á detenerlas; rompen con furia los cerrados tercios, se revuelven, acometen de nuevo, queda tendida la mitad sobre la tierra, empapada en su sangre, y el resto al cabo se pone á la otra parte, donde reposan un momento, y la naciente aurora les permite admirar el corto número á que se ven reducidas.

Despues de un descanso corto y sobresaltado, temiendo siempre verse acometidas por la caballeria enemiga, continuaron de nuevo la vuelta hácia sus cuarteles del Moldau, donde únicamente esperaban poder alentar y reponerse. Llegadas á su inmediacion se disponian á cruzar el puente, cuando vieron desembocar por él gran copia de compañías armadas, y cerrar con ellas sin dejarlas tiempo de ordenar sus filas. Las mujeres que de reserva quedaron guardando el campamento, en union de soldados partidarios de Premislao, formaban los nuevos batallones que se les oponian. Drahomira, llevando por la rienda el caballo que montaba el ciego Udalrico, los comandaba al parecer. ¿Qué habia sucedido durante la marcha de Wlasta? Su hermana, puesta de acuerdo con parte de la guarnicion, halló medio de realizar los proyectos de venganza que meditaba incesantemente desde la desgracia de su esposo. Poco des-

pues de ausentadas las Amazonas se declaró resueltamente en favor del gobierno masculino, llamó á las tropas reales advertidas de antemano, y pasando á cuchillo á cuantas se resistieron, preparó la misma suerte á las que no dudaba volverían malparadas á buscar refugio en sus atrinchamientos.

Ni aun fué preciso combatir para derrotar á las Amazonas, incapaces despues de tantas fatigas sufridas de oponer resistencia á la gente de refresco que aparecia de improviso á renovar la pelea con mayores brios. Solo pensaron en la fuga ó en implorar la compasion del vencedor. A pocas se la concedieron los crueles perseguidores dirigidos por caudillos ansiosos de vengar atroces ofensas ó largos años de guerra de un sexo contra otro. La titulada reina, herida y débil, pero luchando siempre, murió ahogada en las aguas del río al querer atravesarle para ocultarse en los bosques.

Poco despues se miraba con estrañeza viviese alguna que otra de aquellas mujeres, terror de la Bohemia y aun de la Germania entera. Sus cadáveres se ordenó quedaran insepultos para cebo de las fieras y aves de rapiña.

Así terminó este raro episodio histórico, á quien solo ha faltado mejor coronista para ser uno de los mas interesantes.

Y Drahomira y Udalrico, ¿qué se hicieron? podrá decirnos alguno. Satisfaremos sus dudas en palabras muy escasas. Ella fué siempre una esposa fiel y amante de su marido hasta la idolatria; para los demás conservó en todas ocasiones el espíritu agresivo adquirido en su profesion anterior. El llegó á una edad avanzada, con la calma pintada en el semblante, que parece signo característico de los infelices privados del órgano de la vista. Siempre ocupó lugar distinguido en el consejo de Premislao, y transmitió á su hijo un nombre sin tacha y una fortuna inmensa.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA LOCA DE LOS PAJAROS.

I.

UN HUERTO DE PARIS EN OTRO TIEMPO.

Hace cuarenta años, en el barrio que en Paris se llamaba la Nueva Atenas, y que hoy se ha echado abajo para construir uno nuevo, de esos suntuosos y magníficos con que ha renovado á Paris Napoleon III, habitaba en una casa un célebre pintor llamado Carlos Deschamps, de los que comenzaban á cubrir de oro sus lienzos, para servirme de una espresion de aquella época.

En aquella casa vivía con el pintor una jóven de unos doce años, cuya delicada naturaleza caracterizaba su hermosura un poco enfermiza. Era una de esas criaturas lindas, empero lánguidas, que los que las aman temen sin cesar verlas transformarse en ángeles y volverse al cielo. Así, en lo mas fuerte de sus inspiraciones y de su trabajo, veíase de pronto al pintor abandonar bruscamente su lienzo y sus pinceles, y entrar con una precipitacion llena de temor en el cuarto de su hija. Si la encontraba dormida se inclinaba sobre ella, estudiaba con ansiedad su respiracion y se volvía sin hacer ruido á sentar delante de su caballete.

Si oía en el jardín los ladridos de un perrito que nunca se apartaba de Maria, corría á ponerse á la ventana del taller, y se olvidaba de todo por seguir con una tierna mirada cada uno de los movimientos de la niña, corriendo y jugando entre los árboles.

Una mujer de unos treinta años no se separaba jamás ni un instante de la niña. Compartía el cuidado Deschamps por la niña que había amamantado con su leche, y á cuya cabecera de cama había pasado tantas noches de angustias en llorar y en rezar.

Maria no podía estar ni una hora sin Juana, y Juana no podía vivir sin su hija como ella cariñosamente la llamaba.

Cárlos Deschamps, á pesar de la mujer tan amante de su hija que dejaba en casa, nunca podía dejarla sin experimentar la mayor inquietud.

Por la tarde, para descansar de un trabajo de doce horas, se dejaba llevar de su afición á la equitacion, y montaba en Simoun, un caballo árabe magnífico que el rey le había regalado; pero apenas había salido, frecuentemente volvía bridas, y á todo galope corría á su casa para abrazar á su hija, único objeto de ternura que le quedaba en el mundo.

La débil y linda criatura era muy digna del cariño y cuidados de su padre y de su nodriza.

El mismo dia de su nacimiento había perdido á su madre, que apenas hacia un año que se había casado con Deschamps.

Al ver muerta á la que amaba hacia diez años, y cuya mano no había obtenido de su familia sino despues de una larga y obstinada resistencia y de un sin número de pruebas, el desgraciado sintió estraviarse su razon. La idea del suicidio le fascinó con su fatal vértigo, y ya tenia en su mano una pistola, cuando un gemido salió de la cuna de la recién nacida. Al oír la voz de aquella criatura que iba á ser dos veces huérfana, tiró el arma homicida, se arrojó sobre el cadáver de su mujer, y exclamó:

—¡Yo te lo juro, viviré por ella!

En efecto; desde entonces consagró su vida entera á aquella niña, á la que dió el nombre de su madre, y cuyas facciones, la voz y hasta la languidez, le recordaban á la que había perdido. Temblaba sin cesar con demasiada razon por aquella criatura enferma. Por eso se había ido á vivir á aquel barrio, uno de los mas ventilados de Paris, y había comprado una casa con un jardín, haciendo una vida solitaria y no viviendo y respirando sino solo al lado de su hija. Allí vivían los tres; el padre, la hija y la nodriza que la había criado, justificando el célebre dicho de San Agustín de que, para el hombre no hay mas que dos verdaderos amores, el uno en el cielo con Dios, el otro sobre la tierra con un hijo.

¡Ay! esta última felicidad es frágil. Deschamps comprendía tan bien esto que no podía separarse de ella un momento, y la saboreaba con una especie de éxtasis lleno de temores. Una misteriosa voz, uno de esos presentimientos que hablan al alma, parecia decirle que se apresurase á gozarla, porque se aproximaba siniestramente la hora fatal de la separacion.

Una tarde manifestó Maria uno de esos deseos que pasan por la cabeza de los niños sin dejar huellas, y que se olvidan tan pronto como se espresan. No por eso resolvió Deschamps dejar de satisfacerle, y en una tarde de otoño fué á buscar á Maria á su cuarto, hizo que la vistiese Juana su mejor vestido, y la llevó á una carretela descubierta á la que un criado acababa de enganchar el caballo árabe.

—Me dijiste el otro dia, querida, que deseabas venir á

dar un paseito conmigo en carruaje, y van á quedar satisfechos tus deseos.

La niña miró á su padre con ternura.

—¡Cuán bueno eres! le dijo; yo ya no me acordaba de ese capricho, ¿y tú te acuerdas, papá?

—Vamos, vamos, exclamó Deschamps, que sintió asomársele las lágrimas á los ojos, porque el solo eco de la voz de su hija le conmovía hasta el fondo del alma; vamos, siéntate á mi lado.

El feliz padre, inundado de placer con la alegría de su hija, que se hallaba encantada de recorrer rápidamente las calles de París, que no conocía, al pasar por los Campos Eliseos y volverse á mirar á su hija, se le escaparon de las manos las riendas, y al mismo tiempo otro carruaje que venía de frente tropezó con el caballo árabe, que se asustó y se desbocó, poniéndose cada vez mas furioso por las riendas, que, arrastrando por tierra en los sacudimientos, le daban en las piernas y le azotaban los lomos. De pronto el carruaje tropezó violentamente contra el tronco de un árbol, se hizo pedazos y arrojó algunos pasos de allí á María y á su padre, que tenía desesperadamente á su hija estrechada contra su pecho.

Apresuráronse á socorrerlos.

—¡Qué lástima! dijo una de las personas que los levantaron. ¡Qué lástima! El padre está muerto, y la niña ha recibido en la cabeza una herida de que no sanará.

II.

EN SAN FLORENTINO.

No sé que haya otra ciudad como París en que mas se apasionen de las cosas las gentes, y mas presto se olviden de ellas. En los primeros dias la imprevista y dramática muerte de Carlos Deschamps causó una sensación inmensa, y pudimos decir que durante una semana fué un duelo universal. No se hablaba mas que de la pérdida que habian tenido las artes, y al encontrarse se preguntaban las gentes los detalles de aquella prematura desgracia. Jamás se habian visto exéquias ni mas concurridas, ni con mas pompa.

El Instituto en cuerpo quiso tributar los honores fúnebres al eminente artista, que no hubiera tardado en admitir en su seno. Entre los coches que seguían el entierro se distinguía uno con la librea de la casa real. Los periódicos todos, sin escepcion, publicaron noticias y artículos necrológicos sobre Carlos Deschamps, y provocaron una suscripción nacional para levantar un monumento al que la Francia y las artes lloraban con tanto dolor.

Poco á poco este gran clamor fué bajando y cesó completamente. La atención pública pasó á fijarse en un proceso célebre y de escandalosos detalles, que hizo olvidar la pérdida del gran artista.

Apenas habia pasado un año, cuando ya nadie se acordaba de Carlos Deschamps, cuya casa se habia puesto en venta con su jardín, tasada en cien mil francos.

El mismo dia en que iba á verificarse judicialmente la venta y mientras ante el escribano se disputaban á fuerza de pujas su adquisicion los compradores, María se hallaba sentada con su nodriza al pié de una vieja encina, que una cruz pintada con almazarrón marcaba que debia arrancarse de allí por el hacha de los nuevos poseedores.

Con dificultad hubiera podido reconocerse en la niña vestida de luto, á la linda y encantadora Mariquita, á quien

tanto mimaba su padre. Mientras Juana trabajaba activamente haciendo unos calcetines de lana, de vez en cuando alzaba los ojos de su tosca labor, para fijarlos en María. Sumergida ésta, en una especie de estupor, apenas entreabría sus párpados, cuando llegaban á pasar por delante de ella los alguaciles del juzgado que acababan de llevarse con su habitual brutalidad, los pocos muebles que quedaban en la casa, y que cargaban en un carro para depositarlos hasta el dia en que tambien se sacasen á pública subasta.

Una ancha venda cubría la frente de la demacrada niña, sobre cuyas facciones ya no se veía el sello de la inteligencia que antes la distinguía.

A intervalos levantaba su embrutecida cabeza, lanzaba inarticulados sonidos y se sentaba sobre el césped cayendo en un abatimiento idiota.

En aquel momento entró en compañía de un anciano el doctor Lisfran, el único de los amigos de Carlos Deschamps que no habia olvidado el camino de la casa del artista. Al sonido de la voz de aquel que hacia un año la estaba cuidadosamente asistiendo, una vaga sonrisa se mostró en los pesados labios de María que pareció reconocer al médico.

Este enjugóse una lágrima, y volviéndose á la persona que le acompañaba:

—Ved, señor mío, todo lo que queda de la felicidad y de la gloria que el año pasado llenaba esta casa: ¡una huérfana idiota! Mucho trabajo me ha costado el curarle la herida que le habia roto el cráneo. He podido conservarle la vida; pero no he podido conservarle la razón. Tal vez habrá valido mas para que asista sin comprenderlo á la ruina y á la desolación que la rodean. ¡Pobre Carlos! ¡creía tan firmemente en la fortuna que le brindaba con un porvenir que no debia realizarse!... y apenas el valor de la casa y de sus cuadros, bastarán á cubrir el pasivo que deja, como dicen las gentes de la curia.

El anciano respondió:

—¡Sí, doctor todo eso es muy triste! tanto mas triste cuanto que no he podido obtener para esta desgraciada, sino una pensión de seiscientos francos. Tiene el Estado tantas miserias artísticas que socorrer, que se ve forzosamente reducido á ser dolorosamente mezquino.

—Juana, mi fiel Juana, interrumpió bruscamente Lisfran, ya ves que no le queda á María mas recurso que tú en el mundo.... á menos que no quieras que la pongamos en un hospicio, en donde no tardará en morir. Al contrario, la vida libre al aire puro tal vez podrá un dia devolverla la razón. ¿Quiéres continuar cuidándola como hasta ahora, y ser definitivamente su madre?

—Haré por mi hija lo que he hecho desde el dia de su nacimiento.

—Es preciso que las dos dejeis hoy mismo esta casa que mañana va á empezar á derribarse. Vuelve á tu aldea, compra una cabaña á nombre de María. Me parece, añadió volviéndose al que la acompañaba, que bien encontraremos en nuestro bolsillo y en el de algunos amigos, los dos ó tres mil francos que podrá costar esa cabaña.

—Seguramente doctor, y podeis contar conmigo.

—Allí, mi buena Juana, la niña y tú podreis con alguna holgura vivir con la pensión de los seiscientos francos dada por el rey, yo soy hijo de un aldeano y sé cuán poco cuesta el vivir bien en la aldea. Deja á nuestra pobre María una libertad absoluta, llévala lo mas que puedas á los bosques y al campo. Tú no escribes del todo mal una carta, aunque sea con letra gorda, con lo que la leeré mejor: me darás cuando lo creas necesario noticias de María. Entretanto

aquí tienes para los gastos del camino. Hasta la vista y Dios te pagará tu buena obra.

Abrazó á Juana, la dió un bolsillo, levantó á María del suelo, la cogió en sus brazos, la contempló algunos instantes con emoción y la besó en la frente.

—¡Papá! ¡papá! balbuceó la niña.

Lisfran se apresuró á sentarla en las rodillas de Juana, y se alejó de allí precipitadamente.

Aquella misma tarde, Juana, despues de haber reunido los vestidos de María y los suyos, los encerró en una male-



Pájaros y frutas.

ta grande, cogió á la niña de la mano y se dirigió con ella á la diligencia que entonces habia de Paris á Angers. Despues de haber cuidado que cargasen su equipaje, tomó posesion de dos asientos en la rotonda, haciendo sentar á su lado á la idiota, que mostraba la pasiva indiferencia propia de su triste estado.

Largo y fatigoso fué el camino, empero en tanto que duró ni una sola queja dejó oír la pobre criatura. Casi siem-

pre aletargada se apoyaba estrechamente contra su nodriza: en las paradas dejábase bajar por esta, para tomar algun alimento, y se dejaba volver á llevar á su asiento con la misma indiferencia; públicamente no podia ni un instante separarse Juana de su lado, porque entonces daba María sordos gemidos, golpeándose desesperadamente la cabeza contra las paredes de la diligencia.

Al fin, despues de dos dias de camino, Juana y su hija